

Cuando la ternura es sospechosa

Por Javier Omar Ruiz A. (1)
Pedagogo-investigador

Las acontecimientos sociopolíticos de las últimas décadas han cambiado las reglas tradicionales.

Las chicas tienen ahora un nuevo guión; desafortunadamente, los muchachos siguen con el viejo

Dan Kiley

El proyecto de La Candelaria denominado "Fortalecimiento emocional desde el replanteamiento de patrones tradicionales de género (masculinidad y feminidad)" pretende generar en los y las participantes, procesos personales y grupales de replanteamiento de patrones y conductas de género que son deshumanizantes.

Los talleres del proyecto de Engativá buscan visualizar las razones de género, y especialmente, las de los patrones de masculinidad, que facilitan el que sean fundamentalmente los varones los que se comprometan en conductas y actos delincuenciales, de drogadicción o de satanismo.

En ambos proyectos, cuando se trabaja en talleres se emplean análisis de casos, técnicas de relajación, reconocimiento corporal, ejercicios de biodanza y debates grupales.

Estas experiencias activadas por iniciativa del autor y del también pedagogo José Manuel Hernández, muestran y ratifican que el paso por el sistema educativo no modifica, sino que fortalece el hecho de que los jóvenes sigan viviendo su condición de varones, como una condición de riesgo en cuanto sujetos y víctimas de los estilos de vida violentos y contraventores, maltratantes para sí mismos, llenos de dolorosos silencios afectivos y evidentes rigideces corporales.

Se ha encontrado que frente a esto,



El aparato escolar no sólo repite por acción de la inercia de la socialización, unos patrones tradicionales de crianza masculina, sino que con el soporte conceptual y académico y la autoridad que representa los fortalece y los valida.

¿Qué pasa con nosotros los hombres que creemos que se nos despinta la masculinidad por un abrazo o la expresión de un sentimiento de ternura? Es una de las tantas preguntas que se formulan en cuarenta y dos colegios distritales (dos de La Candelaria y cuarenta de Engativá) en los proyectos que se adelantan con estudiantes de bachillerato.

el sistema educativo (o por lo menos, en gran medida el cuerpo docente) no dice nada desde nuevos patrones de género porque tanto en su estructura como en la relación humana con docentes, padres y, naturalmente los estudiantes, viven en cuerpo y alma una réplica de las deshumanizantes pautas de género que se dan en la familia, con el agravante de que la escuela cuenta con la autoridad de un templo del saber como se dice frecuentemente donde se aprende a hacer *Los hombres del mañana*.

Esto significa que el aparato escolar, no sólo repite por acción de la iner-

cia de la socialización, unos patrones tradicionales de crianza masculina, sino que, con el soporte conceptual y académico y la autoridad que representa, los fortalece y valida.

Pistas encontradas

Es así como los jóvenes de 10° y 11° grados, quienes en su mayoría han sido participantes de los proyectos referidos, casi al final de su paso por las aulas cuentan en su haber, en su forma de ser hombres, con características como las que se señalan a continuación, a juzgar por

ciertas manifestaciones que se observaron:

① En varias ocasiones y particularmente en secciones en donde se ha trabajado la imagen paterna, se han presentado reacciones emocionales y corporales de llanto, inquietud, ansiedad, abrazo evasivo y temblores. Conversaciones posteriores y otros análisis llevan a considerar que tras los jóvenes hay una historia de privación afectiva profunda, especialmente de parte del padre o sustituto, nunca suficientemente trabajada ni tenida en cuenta en la escuela, menos en la familia y muy poco por él mismo. Esta historia se carga como un profundo dolor en el silencio de la *hombria*. Los profesores, por su parte, no se perfilan como referentes de relaciones amorosas humanizantes, solidarias, a los que los jóvenes podrían remitirse para reconciliarse por lo menos con un imaginario de hombres adultos diferentes y desde el cual podrían tomar distancia de los modelos de adulto varón de su entorno inmediato.

② En sus posturas corporales, expresiones y actitudes, los jóvenes hacen evidente, además de una historia de maltrato físico y emocional, pautas de crianza insensibilizadoras y analfabetizadoras de las emociones y del cuerpo. Es como si debieran sentirse culpables de sentir sentimientos, de ahí su vergüenza a expresarlos. Expresan miedo a que el cuerpo exteriorice lo interno. La ternura es sospechosa. Por eso están en alerta permanente respecto al libreto masculino que deben interpretar. En caso contrario el grupo se los hace saber, de manera ruidosa y humillante, con adjetivos feminizantes.

③ Es frecuente que los jóvenes ofrezcan resistencia al trabajo corporal y a la sensibilización emocio-

nal y manifiesten temor a participar en los ejercicios. Cuando lo hacen, sus movimientos son torpes y mecánicos. Corporal y emocionalmente hablando son tan rígidos, como cualquiera de los machos de las películas de siempre. Por el modo como se acercan al cuerpo, pueden identificarse *corazas* en casi toda su extensión. Las clases de educación física parecen reforzarlo en cuanto éstas han sido pensadas o por lo menos así parece operar, como unas clases hechas para el endurecimiento del cuerpo. Por ello hay que hacerlo sudar ojalá copiosamente -algunas veces hasta el punto de llegar al maltrato- todo en la mejor lógica de los paradigmas masculinos tradicionales.

④ En las sesiones de análisis grupal, la verbalización de lo emocional y lo afectivo es relativamente pobre, llena de lugares comunes o imágenes indirectas, llena de eufemismos y genérica. Es como si se quisiera evitar a toda costa que el lenguaje los comprometa.

⑤ En los ejercicios corporales hay miedo generalizado a todo tipo de contacto físico no agresivo con alguien del mismo sexo. Las explicaciones que dan los jóvenes llevan a concluir que estos contactos generalmente se traducen en clave sexual. De ahí los terribles miedos a los abrazos cálidos, a un gesto físico de solidaridad o a la camaradería. Esta *sexualización* lleva a que el fantasma de la homosexualidad ronde con tanta persistencia en el imaginario masculino de estos jóvenes (y de sus padres y profesores)

res) que se extiende hasta la congelación del más mínimo gesto de cercanía física o emocional entre hombres, y a que la intolerancia se dirija hacia sí mismo, con la imposibilidad de acariciar con soltura y afecto el propio cuerpo. Esta sexualización vulnera hasta tal grado la autoestima masculina, que ésta puede fácilmente venirse abajo con un abrazo o una caricia.

⑥ En varias oportunidades el grupo ha intimidado opiniones o ridiculizado ejercicios o gestos. La presión del grupo, como mecanismo controlador de los patrones masculinos tradicionales es lo bastante contundente como para dejar pocas posibilidades de resistencia.

Estas pocas posibilidades tampoco son buscadas por los jóvenes, puesto que en el grupo encuentran identidad y reconocimiento. Con el grupo, se cubren las espaldas de una experiencia familiar de *anonimato*. Por eso, la autoaceptación la someten a la aceptación que les den los otros. Prefieren seguir el libreto de los pares porque, mal que bien, en ellos encuentran respuestas, afectos y sueños...

⑦ Parecen querer disimular en la estética corporal y musical silencios y ausencias afectivas junto a aquellas lágrimas que aprendieron a estancar en la garganta para no pasar el límite de la hombría cultural. Parecen manejar una mayor libertad vital que la de sus padres, pero en realidad ella no parece ir más allá de los aretes, los piercing, las gominas y los pelos cortos a ras, puesto que esta estética corporal no va conjugada con rupturas ideo-

lógicas, corporales y emocionales de fondo. Por dentro y en el manejo corporal, estos jóvenes siguen siendo hombres tan tradicionales como sus abuelos.

⑧ Los recreos parecen ser un espacio particular para que se evidencien las claras diferencias en los códigos y patrones de género entre mujeres y varones. Lo frecuente es que los jóvenes medien la relación física y emocional con golpes, palmadas, insultos, patadas. Pero también los recreos son momentos para los alardes viriles de la masculinidad para exhibir la hombría y ostentar las *conquistas* y los *trofeos* amorosos. Estas manifestaciones, pueden interpretarse como que los varones al perder contacto con sus emociones, no saben lo que sienten, entonces lo compensan con el alarde y la fanfarronería.

⑨ Algunos jóvenes reconocen estar comprometidos en casos de pandillismo, droga y alcohol por la historia afectiva que han tenido en la familia, por *no saber cómo manejar esta situación*, porque hay que ser *duros* porque los *hombres deben ser probones*, porque *uno se desinhibe y se puede ser como es, por escapar de los recuerdos y de las experiencias dolorosas...* El hecho de que la absoluta mayoría de quienes están comprometidos en pandillas, en droga o alcohol sean hombres, indica que hay una historia de género que incide significativamente.

⑩ A pesar de todo lo anterior puede encontrarse que hay en el fondo de estos jóvenes un profundo deseo de trabajar el mundo interior y sus posibilidades afectivas y de reconciliación corporal. De hacer a un lado las resistencias y los miedos a la sensibilización. Quieren cambiar, porque sienten que como son, están perdiendo sentido de vida. Alguno dijo: *el machismo es como una enfermedad*.

(1) Pedagogo-investigador sobre masculinidad. Trabajo en proyecto de fortalecimiento emocional. Promotor y participante de grupo de reflexión masculina. Correo electrónico: abravo@col-online.com

En resumen

1. Si bien la escuela es tan factor de riesgo como la familia para la generación de hombres que dan continuidad a los patrones masculinos, deshumanizantes en una sociedad como la nuestra, vale la pena desarrollar o avalar experiencias que permitan replantear todos los patrones de género (femeninos y masculinos) que no favorecen la convivencia, la realización personal, la solidaridad y el afecto.

2. Una posibilidad puede ser la de generar espacios y experiencias que desarrollen relaciones afectivas y de solidaridad. Identificar, por ejemplo, los programas de resolución pacífica de conflictos. Además se podrían promover Pactos de Ternura (Luis Carlos Restrepo), Círculos de afecto y grupos de apoyo emocional como ejercicios y espacios donde los varones, y evidentemente las mujeres, puedan curar sus heridas. Estas serían experiencias donde quienes participen, pueden encontrar mecanismos de defensa emocional contra los patrones de género maltratantes.

3. Aparte de espacios institucionalizados (talleres, eventos y reuniones) promover espacios informales en torno a propuestas de construcción de ternura y de rehabilitación del cuerpo para ella.

4. Todas las propuestas anteriores exigen del cuerpo docente. Por ello también se debe trabajar su historia afectiva y de género, sus miedos, sus homofobias, sus intolerancias.

5. Para darle sostenibilidad a estos procesos, es importante consolidar una red de programas interinstitucionales que entre sí se constituyan como soporte al proceso de fortalecimiento emocional masculino desde distintas disciplinas.

6. Se hace absolutamente necesario incorporar a este proceso a padres y madres de familia, en espacios y experiencias, determinadas especialmente para ellos y ellas.



Es importante generar espacios y experiencias que desarrollen relaciones afectivas y de solidaridad. Identificar, por ejemplo, los programas de resolución pacífica de conflictos.